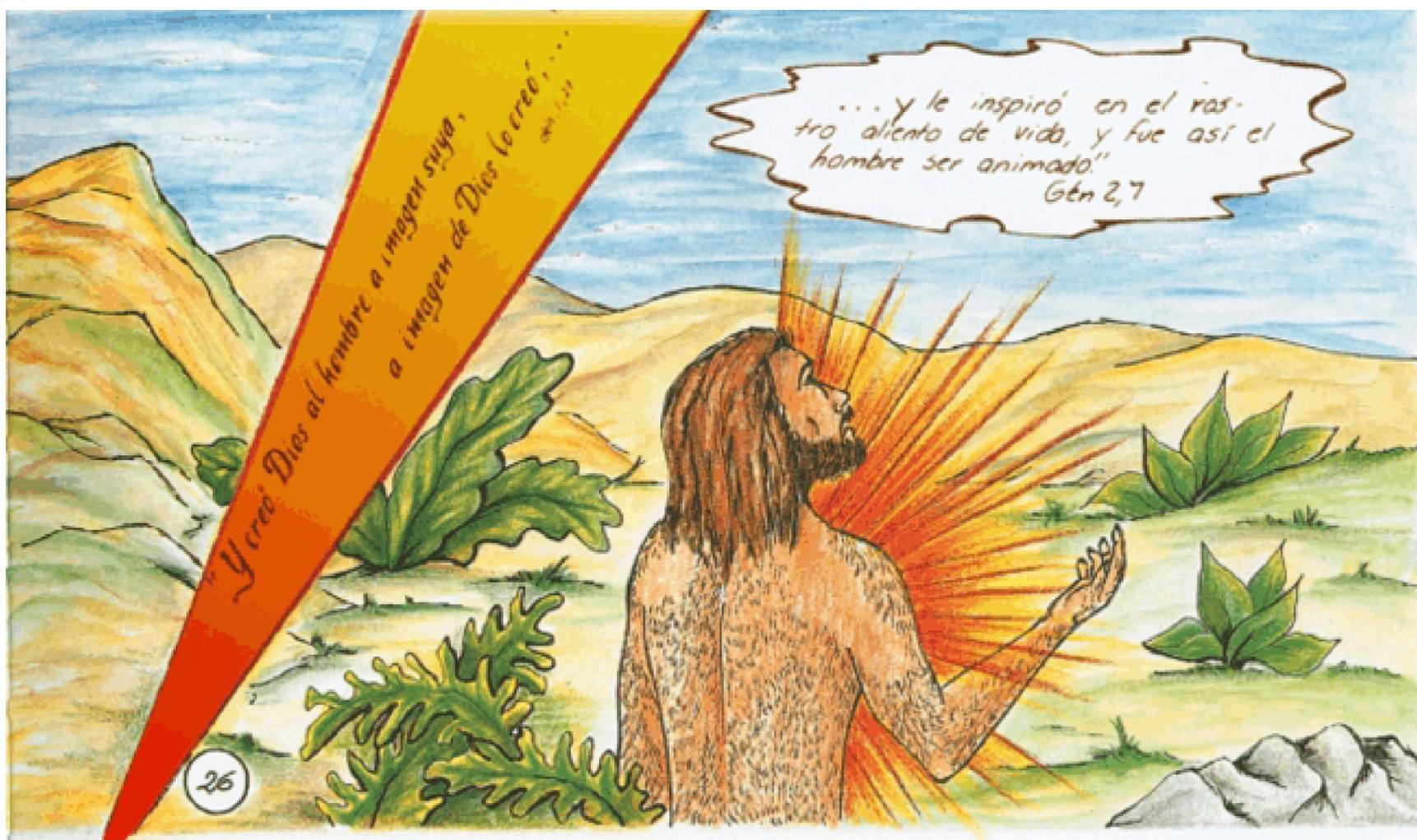


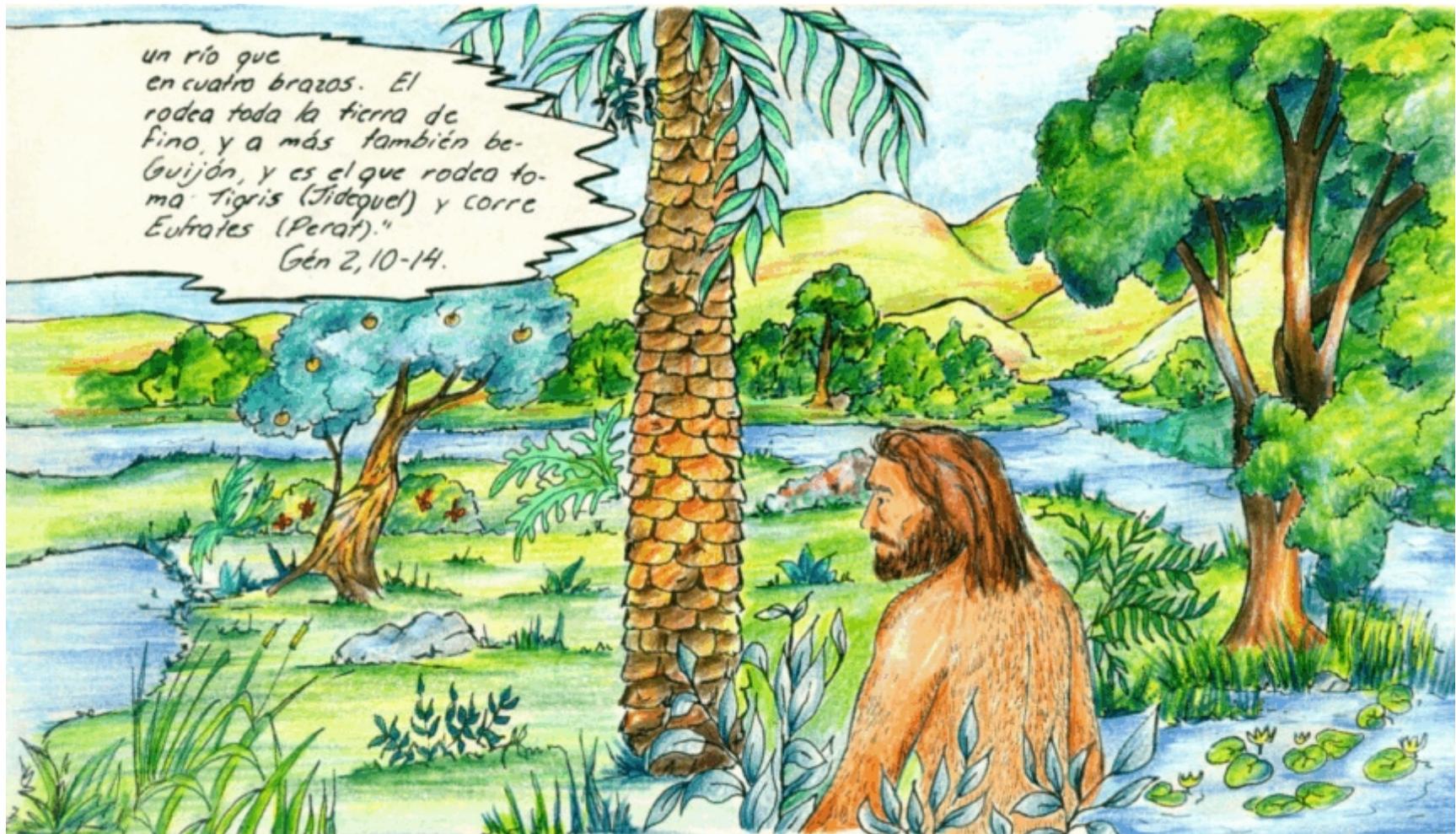


El hominoide que alcanzó el estado de homo-sapiens es el hombre que “*formó Yahvé Dios del polvo de la tierra*” a través del actuar de los ángeles y a través de una milenaria evolución y a ese mismo hombre es a quien hace a “imagen y semejanza” Suya. El hombre recibe la “imagen” de Dios cuando irrumpe en él la conciencia de lo Divino.

En el momento en que irrumpió en el hombre la conciencia de lo Divino, en la tierra de los hominoides hubo la erupción de un volcán y los hominoides descubren el fuego.



“Y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado.” No veo que ese “aliento de vida” sea una realidad que le llegue al hombre desde afuera, sino más bien, “Algo” que se le manifiesta a sí mismo en sí mismo, en lo más profundo de su ser, aunque sí ayudado por las cosas externas, las cuales han cooperado para su evolución, interiorización y toma de conciencia.



Todo cuanto rodea a este hombre que ha recibido el “aliento de vida”, aún la naturaleza, se beneficia de esa GRACIA en la cual se encuentra inmersa en esos momentos el alma del hombre. Todo está recibiendo ahora los beneficios de esa Fuerza o Energía que emana de su persona, como se benefician las hierbas que están alrededor de una planta que es regada, abonada y fertilizada. Así, de este modo *“plantó Yahvé Dios un jardín en Edén y allí puso al hombre a quien formara.”* Todo es producto de esa Realidad Divina.



Toda palabra de las Sagradas Escrituras, además de lo que expresa la letra, en su interior esconde un sentido más profundo de aquello que está escrito. Cuando se dice: *“plantó Yahvé Dios un jardín en Edén”*, ese “jardín de Edén” significa, además de la realidad material, una realidad psíquica, significa la naturaleza misma del hombre, la Naturaleza Humana, a la cual dotó Dios de todas las facultades necesarias para la evolución del hombre hacia el encuentro con su Ser.



El hombre ha alcanzado ya un estado de “intuición”, facultad sobrenatural: ha percibido en sí mismo, en lo más profundo de su ser, la “voz” de Dios, es un ser consciente y puede hacer uso de todas sus facultades naturales, ahora conscientemente, y tiene una responsabilidad: debe regirse por la intuición y no por la razón para ser liberado de la acción de los ángeles, quienes influyen sobre sus facultades naturales. Esto es lo que significa: *“pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas...”*

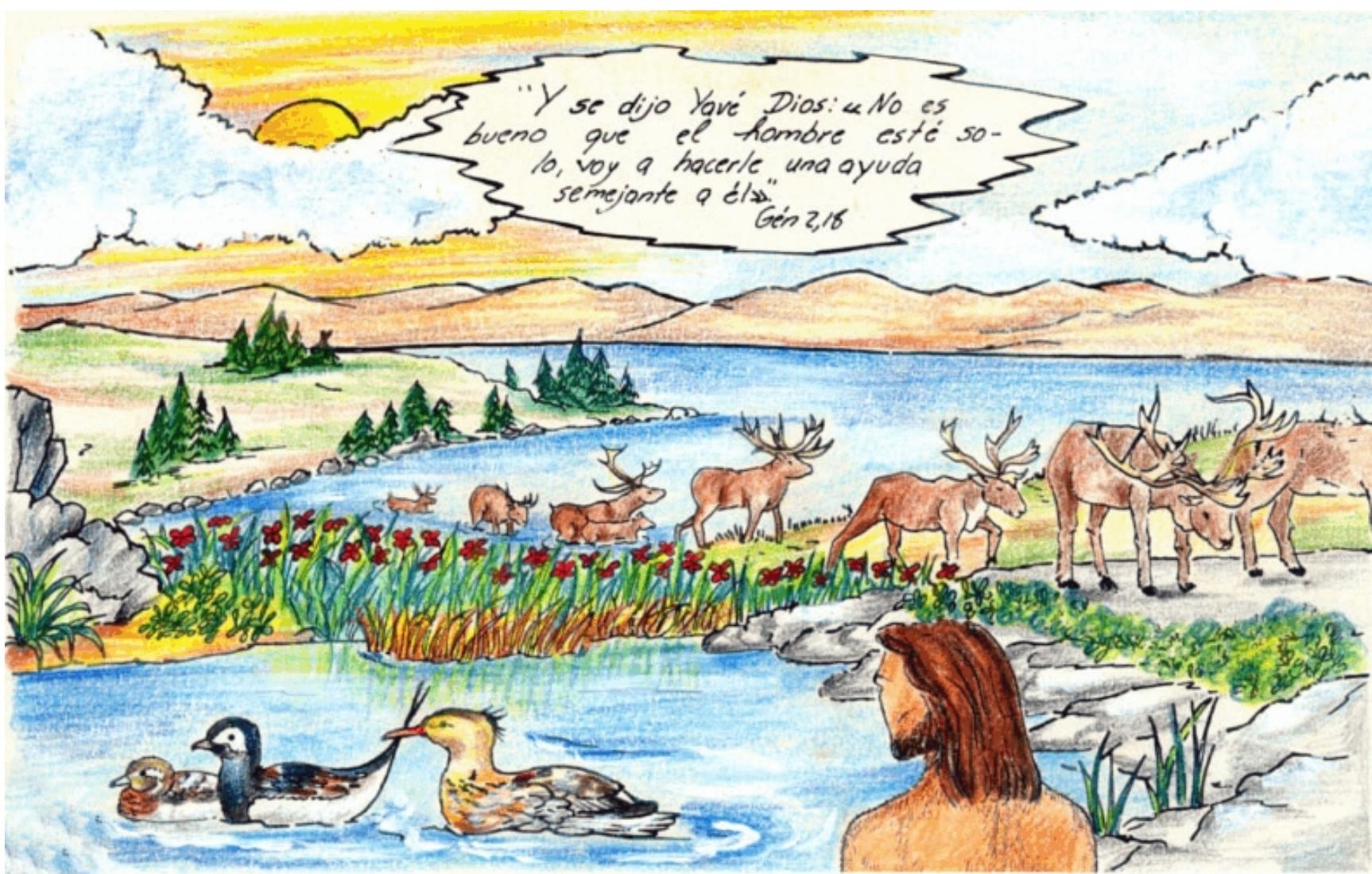


El hombre estaba solo en el jardín de Edén pero no estaba en soledad, falto de comunicación, él se sentía acompañado por esa Realidad que había irrumpido en él desde lo más profundo de su ser.

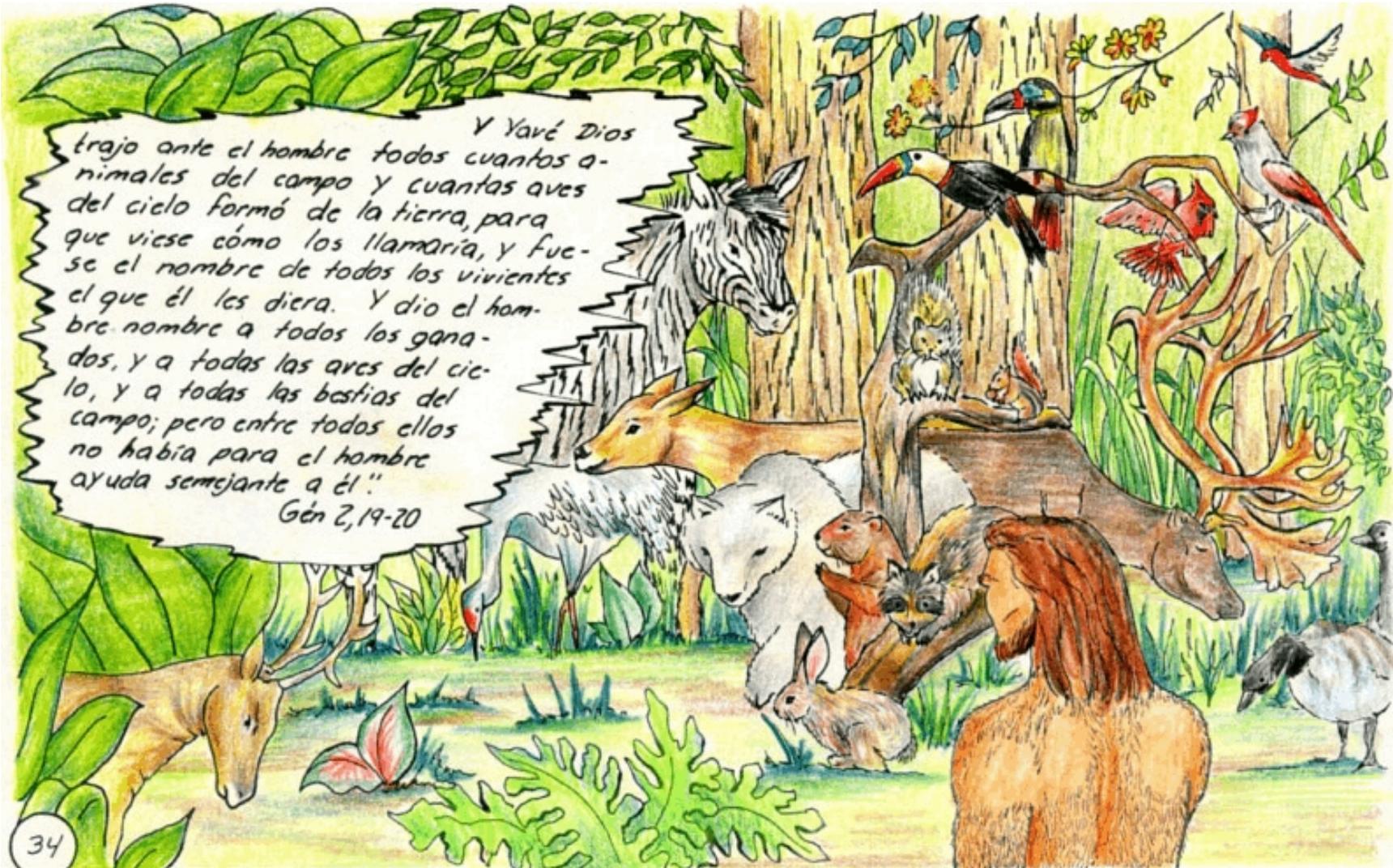
El alma que *vive* en contacto con lo Divino vive en un Paraíso interior, el cual se proyecta en todo lo exterior transformándose para ella todo cuanto le rodea. Era ese estado, de la presencia de lo Divino en el hombre, lo que convertía en Paraíso el jardín de Edén.



La vida del hombre transcurría en un perenne presente pleno de paz, felicidad y armonía que emanaba de esa “nueva vida” que se empezaba a manifestar en él y que se proyectaba en toda la naturaleza. Por esto la naturaleza que le rodeaba le comunicaba algo nuevo, vivo, inefable, que él antes no había conocido y que le transmitía la alegría de la vida y del vivir. Podía comunicarse, el hombre, con la naturaleza sintiéndose una sola cosa con ella.



El hombre ha disfrutado solo “su” Paraíso, pero *“no es bueno que el hombre esté solo”* cuando la Actividad de lo Divino se retire, porque entonces ese “solo” se convierte en soledad... Dios da al hombre una ayuda proporcionada a él, de su misma naturaleza, con sus mismas debilidades y sus mismas limitaciones, pero, que al mismo tiempo lleva en sí la Realidad Divina que tiene el hombre, y podrá, por esto, compenetrarse con él en sus más profundas inquietudes y aspiraciones...



Quando Dios trae ante el hombre todos los animales y todas las aves del cielo para que viese cómo los llamaría y fuese el nombre de los vivientes el que él les diera; Dios está dando al hombre la primacía sobre todos estos seres “vivientes”, sometiéndoselos, y el hombre experimenta al mismo tiempo la profunda diferencia que existe entre él y ellos: “entre todos ellos no había para el hombre ayuda semejante a él”.



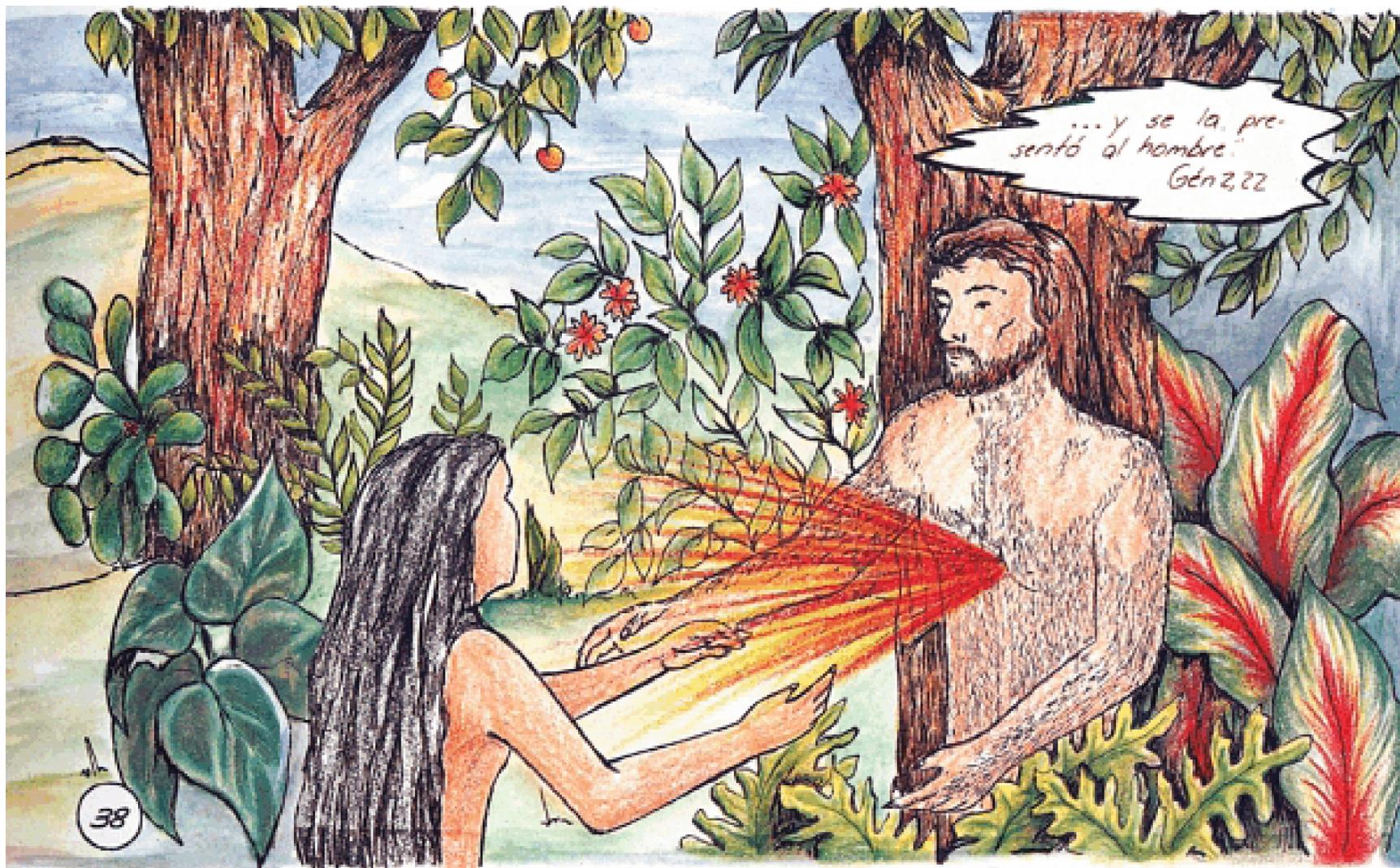
El hominoide-hembra que se ha sentido atraída por la Fuerza o Energía que emana del hombre, y que se ha alejado de los otros hominoides, en busca de aquél por quien se siente atraída desde lo más profundo de su ser, hace contacto con la Actividad Divina que emana del hombre. Mientras tanto, el hombre ha caído en un profundo sopor, esto significa que ya no experimenta esa Fuerza Activa en sí mismo, como la experimentaba antes; es su noche oscura...



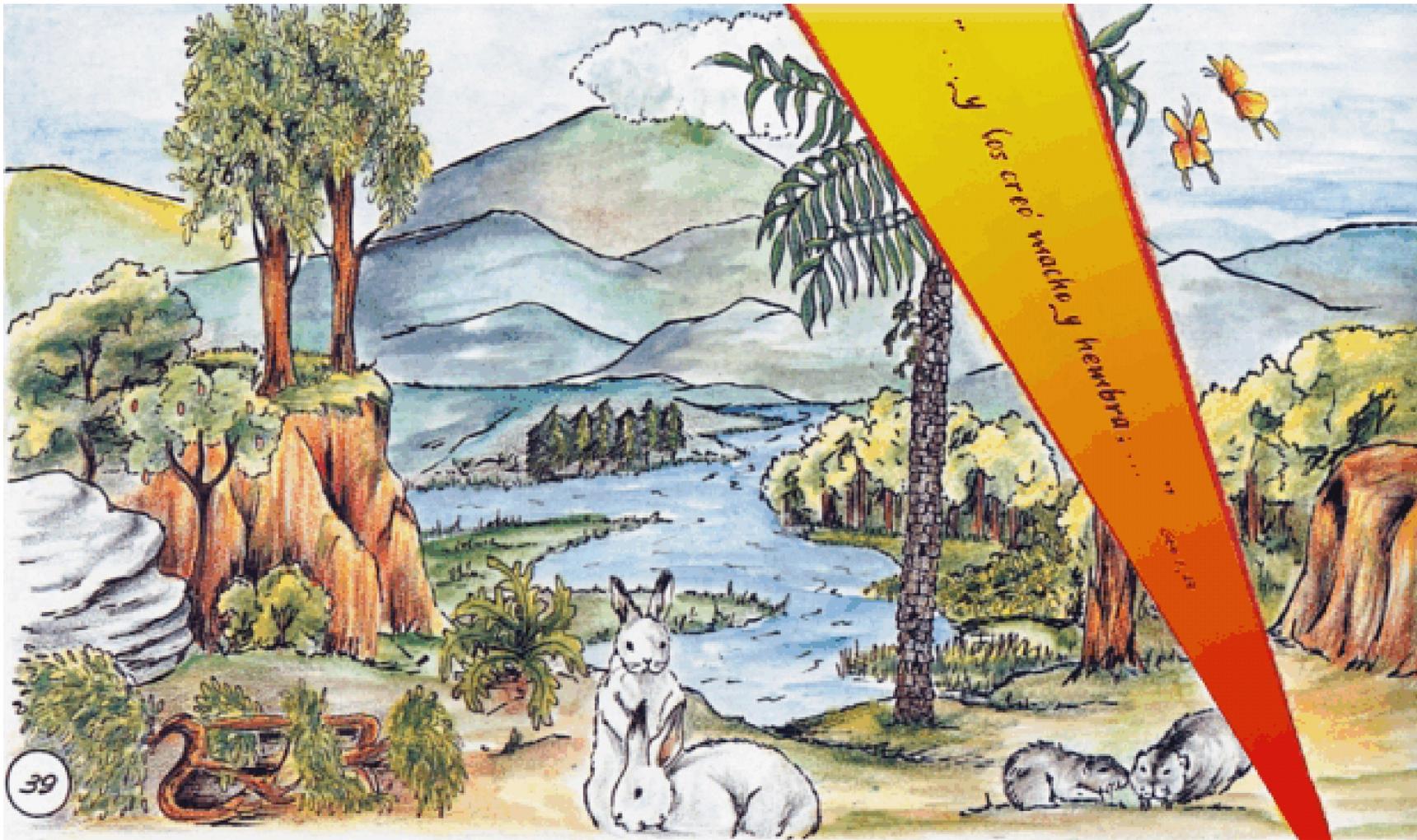
Dios está “proyectando” hacia la mujer su Actividad para formar la “ayuda” del hombre y hacer de los dos “uno”, “el hombre, macho y hembra”. El hombre siente el vacío, ausencia de lo Divino, mientras la mujer se siente atraída por eso Divino que emana de él y se orienta a ella; en el hombre se despierta el deseo de “la carne”, alguien igual a él con quien poder comunicarse. Dios había llenado con carne el vacío de lo Divino...



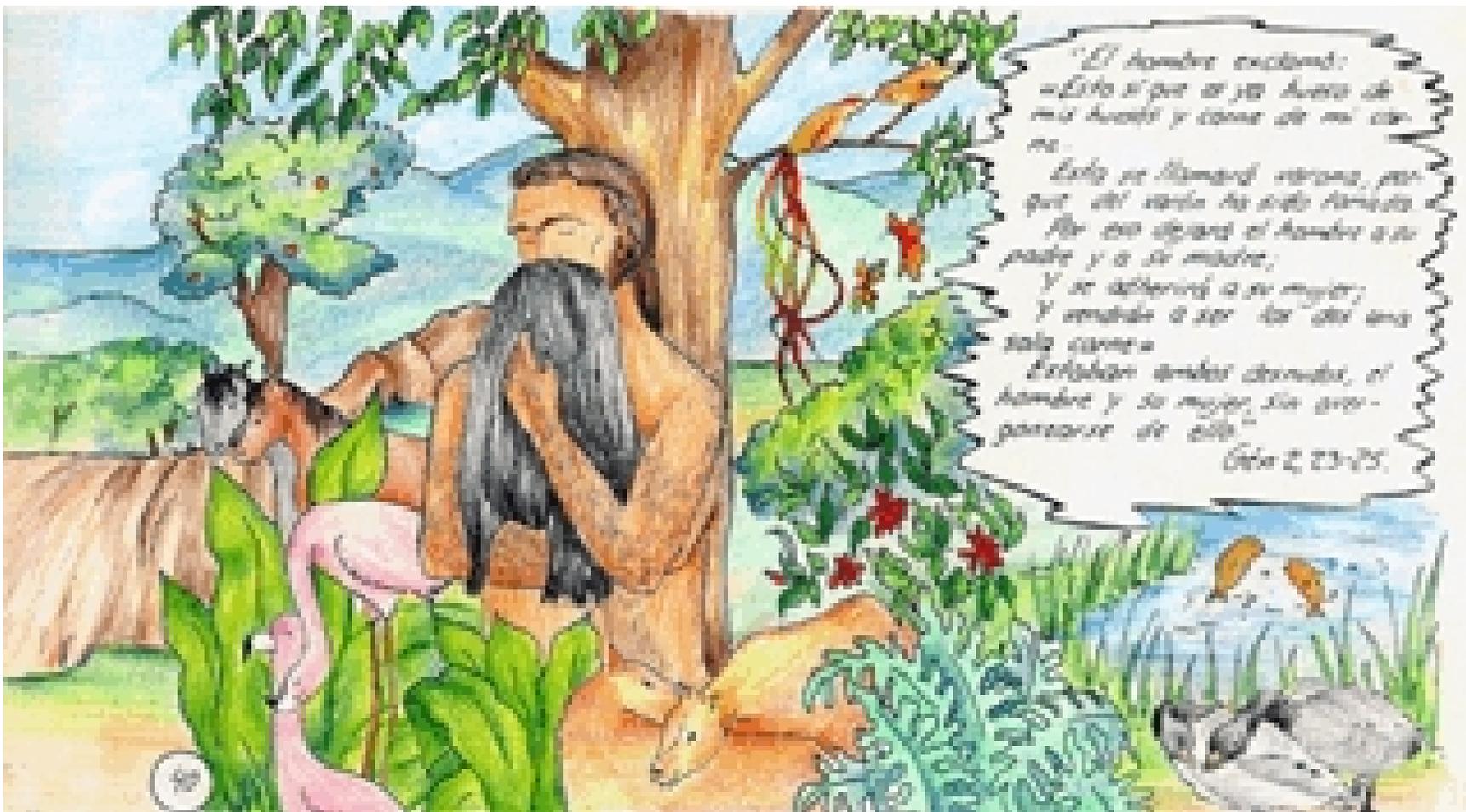
Entre el hombre, “macho y hembra”, y los hominoides existe un abismo, no es solamente una separación física, es una separación más profunda que ha realizado el Espíritu que ha irrumpido en el hombre, separándolo en su interior de lo simplemente natural; ya el hombre no se siente conforme satisfaciendo solamente sus apetitos naturales. En el hombre se ha despertado un anhelo hacia lo trascendente; los hominoides viven imbuidos en sus faenas, sin aspirar más allá de sus apetencias naturales.



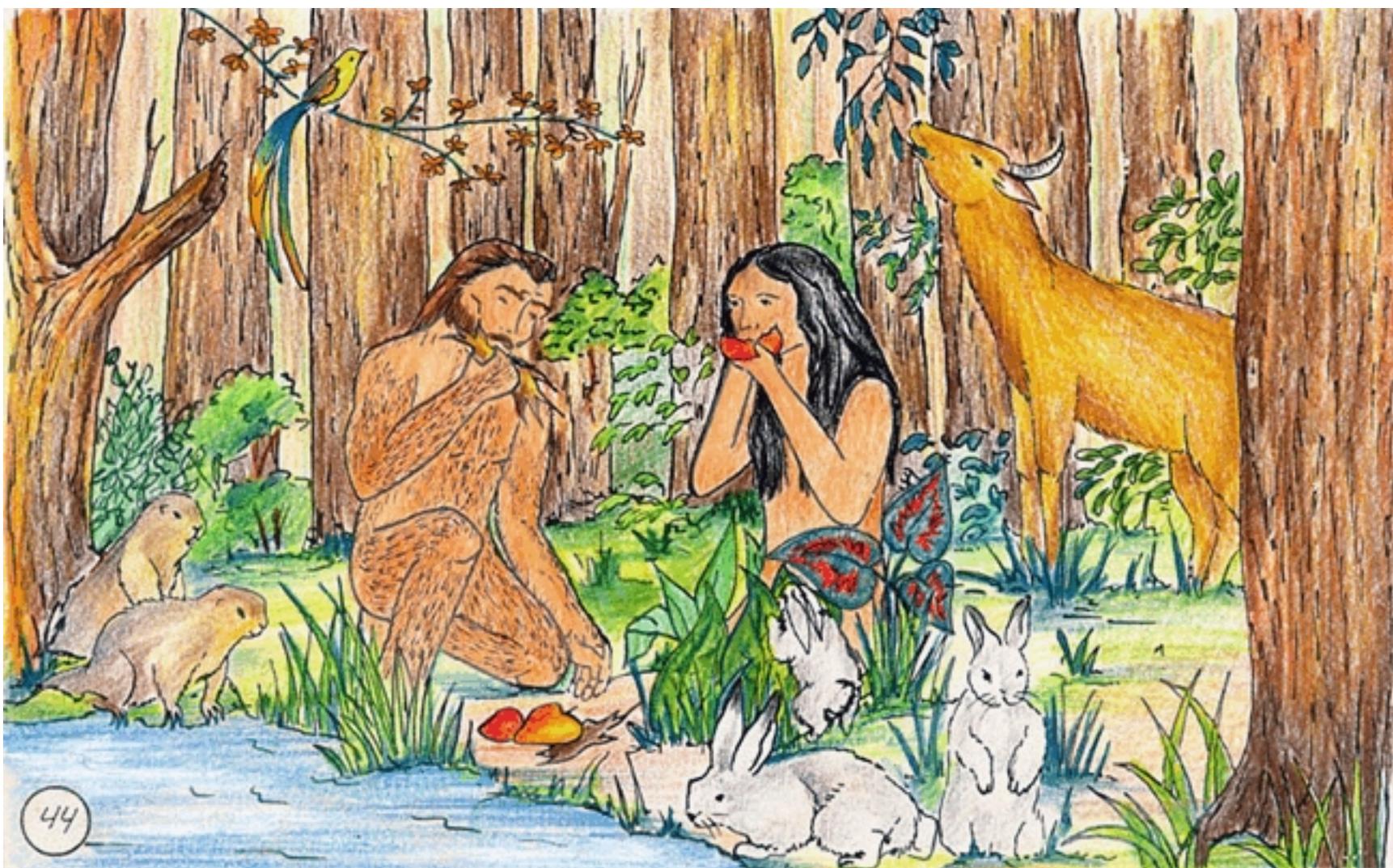
El hombre experimentó directamente en sí mismo, la explosión de lo Divino, pero la mujer la recibió como una irradiación que partía del hombre y la atraía hacia él por el amor; la Realidad Divina no se había hecho activa en la mujer todavía; es necesario que ella ayude al hombre en su evolución psíquica, al mismo tiempo que evoluciona ella misma al contacto con él y después no antes, se hará activa en la mujer la Realidad Divina.



“Y creó Dios al hombre a imagen suya a imagen de Dios lo creó, y los creó macho y hembra...” de este modo se ha iniciado la Obra de Dios en el hombre que “formó de la tierra”, a través de las Obras de los ángeles. Irrumpiendo en “el hombre” lo Divino ha recibido la “imagen” de Dios, falta su “ semejanza”; para recibirla, “el hombre” debe ejercer su libertad rechazando la acción del ángel y eligiendo la Actividad de lo Divino, ya que es ese Actuar de Dios en “el hombre” lo que le confiere Su semejanza.



“Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, sin avergonzarse de ello.” El hombre y su mujer, tenían la pureza y la inocencia de quienes viven en la presencia de lo Divino y no están condicionados por las tendencias egoístas del “yo”, que es resultado del conocimiento del bien y del mal. Ellos no tenían todavía conciencia del “yo”, eran como niños puros e inocentes, más puros e inocentes que cualquier niño de hoy.



Entre varón y mujer no había nada que se interpusiera, tampoco entre ellos y los seres que les rodeaban, no tenían conocimiento del “yo”, estaban exentos de todo sentimiento egoísta; en verdad los dos eran uno y se estaban haciendo uno con todas las cosas. El hombre estaba gustando el estado de su verdadera naturaleza humana-divina, imagen de Dios, pero para ser confirmado en ella, y gozar permanentemente ese estado, debe pasar primero por la prueba de obediencia: a Dios o al ángel.



Para que “el hombre” sea confirmado en la Acción de Dios y pueda recibir Su semejanza, debe someter su naturaleza humana a su Naturaleza Divina a través de la obediencia a la Voluntad de Dios. El hombre ha conocido ya inicialmente esa Voluntad Divina que se le ha manifestado en algo muy concreto: *“De todos los árboles del Paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas...”* y así se lo comunica a su ayuda, la mujer.

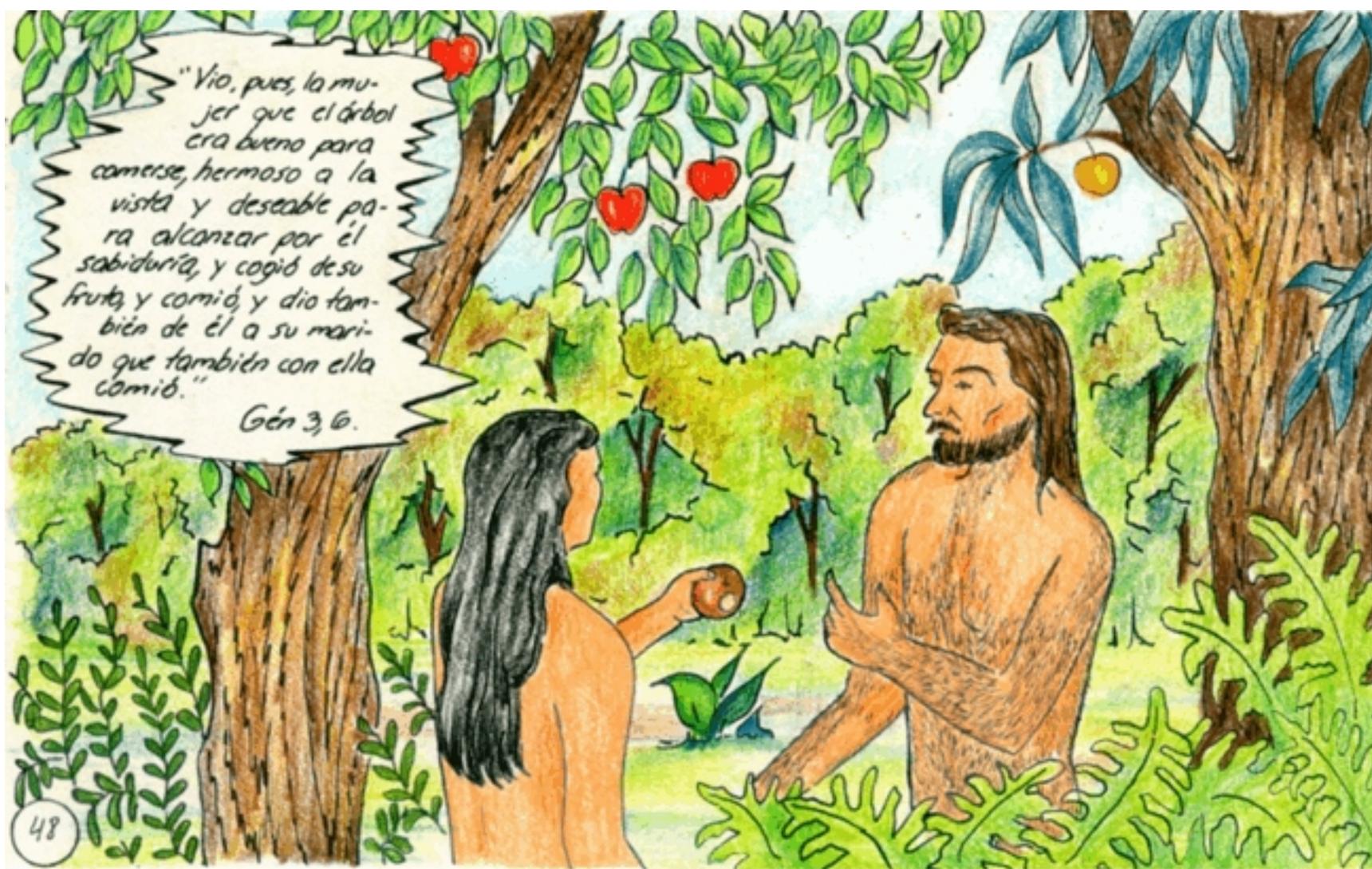


Los animales no temen a “el hombre” ni “el hombre” a los animales, estos son sus amigos y servidores; se respetan mutuamente, ninguno hace daño al otro, existe entre ellos una gran armonía, consecuencia de la armonía verdadera que reina en “el hombre” y en la comunicación mutua de los complementarios, varón y mujer. El hombre vive un feliz “noviazgo” con su realidad Divina: el Paraíso con todas sus particularidades es una consecuencia. A ese estado debe retornar el hombre. ¡Retornará!



“Pero la serpiente, la más astuta de cuantas bestias del campo hiciera Yahvé Dios dijo a la mujer.”

El ángel se sirve de este animal para tentar a la mujer a través de sus facultades naturales; los sentidos: la mujer ve a la serpiente comiéndose el fruto; el instinto: a la mujer le provoca comer del fruto; el pensamiento, la mujer piensa: “la serpiente sí puede comer del fruto”; la razón: si ella puede comer, “¿por qué no podemos comer nosotros?...”



Cuando la mujer aceptó el pensamiento, razonando sobre éste, probó el fruto, entró en el diálogo consigo misma, aparece el “yo” en la conciencia de la mujer: vio que el fruto era bueno para comerse, deseable para alcanzar por él sabiduría, y como consecuencia dio también de él a su “complementario” que también con ella comió; cayeron los dos bajo la acción del ángel y la Actividad Divina se retiró.



“Abriéronse los ojos de ambos...” Esto quiere decir que el varón y la mujer tuvieron conciencia del “yo” de ambos. En ese momento “el hombre” dejó de ser “uno”, se vio uno al otro separado de sí mismo, ya no se vieron en el Amor que los unía, entró en ellos la desarmonía, otra energía los invadió. Se desordenaron todas sus pasiones, lo Uno, la actividad Divina, se retiró dando paso a lo múltiple, la acción angélica, ésta los invadió. Era la elección del hombre, todo lo demás fue una consecuencia.



Después que “el hombre” comió del fruto y se hizo la multiplicidad cayó sobre ellos un profundo pesar: lo que era luz se convirtió en tinieblas; la armonía en confusión y la pasión tomó el puesto de el amor. Es como cuando en la pareja desaparece el amor y llega a dominar sólo la carne. La vergüenza cubrió sus rostros porque se sintieron culpables y este sentimiento de culpa los separaba a los dos.



El hombre y la mujer ven ahora a Dios fuera de sí mismos y ese Dios que sólo infunde amor, a ellos ahora les produce temor y esconden de él su rostro. “*Pero llamó Yahvé Dios al hombre, diciendo: «Hombre, ¿dónde estás?»*” Esto indica que Dios sigue estando en el hombre, pero el hombre ya no está en Dios “*Hombre, ¿dónde estás?*”



Y el hombre contestó: “te he oído en el jardín y temeroso porque estaba desnudo me escondí”, esta “desnudez” no es del cuerpo, sino del alma: la luz que antes cubría el cuerpo del hombre era tan potente que el hombre no veía su cuerpo desnudo. La luz se ha retirado y el hombre se ve en la oscuridad porque ya no está orientado al alma sino a la carne y le causa vergüenza su desnudez.



El hombre descubre ante Dios la separación que se ha dado en él: *“la mujer que me diste por compañera me dio de él y comí”*. No es Dios quien le da a conocer al hombre que ha caído en la multiplicidad, él mismo la reconoce porque la padece; se ha hecho la división y a su ayuda, la mujer, la ve ahora como tentación; la complementariedad como opuesto, pero no puede prescindir de ella, porque lo que Dios unió no lo separa el hombre.



El hombre fue arrojado del jardín de Edén a labrar la tierra de que había sido tomado. Esa tierra significa su propia naturaleza, la cual será invadida por la acción del ángel y sus múltiples tentaciones, pero Dios puso delante del “jardín” de su alma un querubín que blandía flameante espada para guardar el camino del árbol de la vida y que no se haga eterno su mal: *“que no vaya ahora a tender su mano al árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre.”*

SALIDA DEL PARAÍSO

El hombre y la mujer, al salir del Paraíso, tuvieron que sentir un profundo vacío, un vacío tan hondo como el que deja la muerte: ya no están asistidos por la Vida, la Actividad de lo Divino; la Vida los circunda pero no los penetra. No teniendo el contacto con Dios en sí mismos, lo presienten fuera de sí mismos y su Presencia les produce temor y vergüenza, avivando en ellos el sentimiento de culpabilidad, y en lugar de buscar su Presencia se ocultan de ella. Sin embargo, el anhelo de lo ETERNO los persigue como una obsesión de la que no pueden prescindir. Estos sentimientos se prolongan en el ser humano hasta nuestros días. El hombre trata de aturdirse con muchas cosas, buscando insaciablemente la paz y felicidad que dejó en el Paraíso, pero cuanto más las busca fuera de sí mismo más se aleja de ellas.

El retorno no es hacia afuera, sino hacia adentro.
No en la proyección del yo-egoísta,
sino en la eliminación de toda forma de egoísmo.
No en el “hacer”, sino en el SER “siendo”.

Carrizal, Venezuela: Septiembre a Noviembre de 1984

la esclava del Señor